

Cruces del teleférico

Francisco Font Acevedo¹

1

No, no era para tanto, lo supo desde el momento en que profirió la respuesta, un tapaboca que dejó de una pieza a la pobre chica. Acto seguido dio por terminado el recital, enfundó su guitarra y tomó el próximo tren hacia Midtown.

El breve trayecto de una estación a la siguiente bastó para repasar el desencuentro y reprocharse la brusquedad de su reacción. Total, no era la primera vez que lo confundían con uno de esos músicos mendicantes del subterráneo, aunque con esa cara de pocos amigos nadie o casi nadie se habría animado a tenderle un dólar como había hecho la joven, probablemente una estudiante subgraduada de Hunter College. Pero no, no había sido la cándida filantropía de la joven lo que disparara su agresividad sino la pregunta de por qué tarareaba *The Thrill is Gone* y no la cantaba. Una mera curiosidad que Misiaszek interpretó como un juicio desfavorable a su versión de la canción y, peor todavía, a su aptitud musical. Qué se había creído esa ratona de biblioteca, esa mocosa con acné que lo trataba como un aficionado, a él que llevaba más de cuarenta años tocando blues. No se lo dijo con esas palabras, no hizo falta; en su lugar, se quedó mirando la mano tendida con el dólar como si estuviera infectada de sarna, como si la mano y toda ella fuera una excrecencia repugnante. No, gracias, le dijo frunciendo el ceño. Yo no canto, solo toco.

Era cierto que no cantaba, aunque pudo haberlo hecho, voz tenía y oportunidades tuvo en varias de las bandas a las que había pertenecido; pero no, qué va, el micrófono no era lo suyo, prefería esconderse detrás de Tracy, su guitarra, y dejar que ella cantara por él. Así había sido antes del retiro y así seguía siendo ahora. Un puercoespín. Cómo iba a saber la chica que él tocaba, solo tocaba para que no lo tocaran a él. Si lo escuchaban o no, si apreciaban su música o no, le importaba un pito. Olvidarse de sí mismo a través de la música, hacer de las estaciones del subterráneo un espacio íntimo durante media hora, eso habían sido sus recitales nocturnos, al menos hasta esa noche en que la curiosidad de la chica le había echado a perder la calma. Todavía aprensivo consideró dejar de hacer los recitales en el subterráneo y, en su lugar, tocar en algún parque de Roosevelt Island, pero enseguida lo descartó. Allí lo conocía demasiada gente y sin el ruidoso anonimato que hallaba en los andenes de Manhattan no podría tocar a Tracy con total abandono.

En la estación de la avenida Lexington y la calle 59, junto al torno de salida, vio a un viejo tenor cantando *O sole mio* frente a un atril, delante del atril un destartalado estuche rectangular donde colectaba donaciones. Otro mendigo, pensó Misiaszek, irritado, con

¹ Francisco Font Acevedo es autor de [*pasión frontera*] (Riel Editorial, 2024), *La troupe Samsonite* (Folium, 2016), *La belleza bruta* (Tal Cual, 2008), *Caleidoscopio* (Isla Negra, 2004), y coautor de *Santurce, un libro mural* (Fundación Puertorriqueña de las Humanidades, 2020). Ha sido maestro de secundaria, colaborador editorial, traductor e intérprete. En 2021 recibió la beca *Letras Boricuas* concedida por las fundaciones Andrew W. Mellon y Flamboyán.

ganas de romperle el atril en la cabeza. Pero no, no era para tanto; le bastó acercarse un poco para comprobar que, aunque el viejo era esmirriado de cuerpo y de voz, conservaba cierta dignidad gestual, como si en lugar de vestir camisa de franela y pantalones de corduroy estuviera trajeado de frac. Eres una bestia, se reprochó Misiaszek al tiempo que sacaba un dólar de su billetera.

Afuera, a la intemperie, aquel dólar depositado en el estuche le pesó como una humillación autoinfligida. Sabía que exageraba, que no era para tanto, pero igual se dijo que estaba viejo para esos disgustos nocturnos. Cierta deleite, cierta voluptuosidad de noctámbulo taciturno experimentaba al caminar a esa hora, por esa zona de Midtown, con pocas vitrinas encendidas y uno que otro guardia de seguridad calzando guantes blancos. Cerca del cruce con la Tercera Avenida desaceleró la marcha para adoptar un paso lento y plomizo, como si la guitarra en bandolera fuera un morral lleno de herramientas y en vez de músico fuera un minero que regresa a casa; eso, justo eso, imaginó: ser un minero viejo y molido después de una larga jornada de trabajo bajo tierra. La imagen era excesiva pero no infundada, pues, aunque tenía sesenta y tres años, conservaba el vigor de los cincuenta, gracia heredada de una larga genealogía de mineros que cruzaba varios países centroeuropeos. Más aún, tocar blues, como solo sabía hacerlo, con la tenacidad de un desheredado, lo había hecho merecedor, si no de la dignidad de un minero, cuando menos del nombre de este. No por veleidad, al momento de integrarse a su primera banda, se había cambiado el difícil Misiaszek por el duro *Miner*. Él lo sabía y Tracy era su testigo: cuatro décadas tocando *Evil* y *Trouble in Mind* no pasan, no podían pasar sin curtirle a uno el pellejo.

Así se dijo y así siguió repitiéndoselo una y otra vez, embebido por el goce que conceden los cansancios viejos. Poco después, a media cuadra de la Segunda Avenida, la percusión de su mente cedió al batir ensordecedor de cable y piñón del teleférico. Ah, el teleférico, su juguete aéreo, su columpio gigante. Al amparo del ruido industrial—reminiscente del fordismo que conocieron sus padres—, ningún lugar de la ciudad le parecía más acogedor que aquella esquina desolada e inhóspita de la calle 59. Nada más detenerse allí la calma se hizo en él y, habituado como estaba al frío que percolaba su apartamento, recibió la ventisca procedente del río como un bálsamo en el pecho. Sumido en esa sensación de bienestar, encendió un cigarrillo para hacer de cada bocanada una alfombra de humo donde seguir habitando aquella esquina. En esas estaba cuando notó, a poco menos de una cuadra de distancia, el *diner*. ¿En cuántos como ese se había hartado de hamburguesas y papas fritas después de haber estado tocando toda una noche? Era un ritual de antaño que había descontinuado antes del retiro, por lo que ahora, transcurrido más de un lustro sin pisar un club de blues, lo menos que le apetecía era una comilona de obrero. Ni pensarlo: ya no tenía estómago para esos excesos. Su habitual frugalidad, sin embargo, cedía de vez en cuando a un antojo dulce, a algún pastelillo de repostería, cualquier cosa que le alegrara el paladar, siquiera por un rato, antes de volver a la compulsión agria del cigarrillo. Y así, viendo a la distancia el letrero de neón del *diner*, evocó otro, uno que ya no existía o que nunca existió, pero donde estaba seguro había probado por primera vez un pedazo de *pecan pie*. Ah, por eso sí valdría la pena, por un pedazo de *pe-can-pie*, se dijo como si ya

estuviera saboreándolo. Total, qué importaba llegar un poco más tarde a Roosevelt Island; era casi medianoche y el columpio gigante seguiría meciéndose entre ambas islas durante par de horas más. Además, allá solo lo aguardaba su apartamento y la dificultad para conciliar el sueño, mientras que acá, acogido por el ruido industrial, podría entrar en el diner, sentarse en el taburete más apartado y deleitarse con un postre de monarcas. Ah, su dulce desquite por el fiasco de la noche.

2

Al salir del diner una ráfaga helada punzó la piel descubierta de su media pierna. Mierda, Hugh, dijo la vieja echando vapor por la boca. Ni para aguantar un pedazo de tela sirves. El pedazo de tela era un remiendo de lana con el cual había enfundado su muslo izquierdo y Hugh, el nombre de la prótesis que completaba su pierna. Hugh era también el nombre de su exmarido y la prótesis, un recordatorio de casi treinta años de matrimonio. Hacía tres que el ex se había largado a vivir a un hogar de retiro en Long Island, dejándole el apartamento donde habían vivido durante dos décadas y a Kitkat, un gato persa, tan perezoso y pusilánime como Hugh mismo. El divorcio, de hecho, era lo más excitante que había ocurrido en el matrimonio, la única iniciativa memorable de su ex, aunque la causa legal —diferencias irreconciliables— solapara la razón por la cual solicitara la separación legal. Si al menos hubiera sido por un lío de faldas, por una mujer mucho más joven que ella, por una dama ya madura pero todavía guapa, o, en el peor de los casos, por una arribista desalmada que se hubiera metido en los pantalones de Hugh, ella, Dolly, no solo habría consentido de buena gana al divorcio, sino que además lo habría felicitado. Pero no fue así, no podía ser así —perro viejo no aprende trucos nuevos—, y Hugh no servía, nunca había servido para la cama. Es el gato, Dolly, no puedo vivir con pelos de gato dondequiera, le había dicho él, y ella que sí, que podía, que tolerara a Kitkat como ella había tolerado sus calcetines grises durante tantos años de convivencia. Los calcetines grises, sus camisetas de manguillos, sus bóxers de puntitos dalmata: esa insufrible combinación capaz de matar el deseo de una cuarentona virgen y desesperada. Ni hablar de sus hombros caídos, sus manos pequeñas, el vientre colgante y la invariable expresión bovina de su rostro, fardo que ella, a quien le habían sobrado los hombres, tuvo que echarse al cuerpo, no en los últimos años cuando ambos envejecían sino desde siempre. Pero no, él no podía aguantar a Kitkat, el gato o yo, le había dicho a ella, así, un ultimátum, como si el gato fuera un rival, como si el gato fuera otro hombre, como si él pudiera competir contra otros, él y sus calcetines grises, él y sus bóxers dalmata, él. Era como para mearse de la risa.

Pero no se rio; el frío arreciaba y debía llegar cuanto antes al edificio de apartamentos. Consideró entrar de nuevo al diner para cubrirse el muslo y pinchar la tela con la prótesis, pero hacer girar el andador sería una maniobra incomodísima y, peor aún, reencontraría en el lugar a la pareja de latinos, tan serios ambos, tan tontos, perdiendo el tiempo dirimiendo alguna diferencia, alguna bobada, como si la noche se detuviera por ellos, como si la vida no fuera a consumirse y antes de que se dieran cuenta terminarían reprochándose, cada cual por su camino, lo que pudieron haber hecho esa noche en lugar de estar sentados a la mesa fingiendo apetito ante una hamburguesa

recalentada. Ah, disfruten, les había dicho justo antes de partir del diner, disfruten su juventud porque cuando se va ya no vuelve. Y nada más decirles, se rio, una risa gutural, íntima y pública, como si a un tiempo se riera de ella misma y de ellos, los tontos, tan jóvenes, tan hermosos y miserables. No, no, no. No podía entrar en el diner de nuevo y reencontrarlos allí, trabados en una discusión, se echaría a llorar de pena y, luego, los botaría del lugar, los mandaría a que se fueran a un cuarto cualquiera, al de su apartamento si fuera preciso, o les pagaría un taxi, un cuarto de hotel barato, lo que fuera, con tal de que el frío no les calara los huesos y desnudos estrujaran las sábanas por el resto de la noche.

Otra ráfaga helada le recordó a Hugh avivándole el mal humor. Maldita prótesis, maldita ella, maldita la pareja de latinos. Que siguieran reprochándose mutuamente, masticando comida yerta: allá ellos, se dijo. Se frotó un poco el muñón descubierto y prosiguió su lento avance hacia el edificio de apartamentos.

Avanzaba a trompicones, agarrada al andador como un reo a las rejas de su celda, adelantando los brazos un poco, renqueando el resto del cuerpo inmediatamente después. Sin darse cuenta, al compás de cuatro a uno, sincronizaba su desplazamiento con el periódico batir de cable y piñón del teleférico. El estrépito de este ni la exasperaba ni la calmaba; le era indiferente, en realidad, parte de su paisaje habitual, un ruido doméstico. Asimismo, la acera por donde ahora se desplazaba y el diner adonde acudía todas las noches eran prolongaciones de su apartamento, el primero un largo pasillo, el segundo una antesala donde se distraía del insomnio con varias tazas de café descafeinado, alguna cháchara con Guzmán, el mesero, y la lectura de los obituarios y los anuncios clasificados del *New York Post*.

No esperaba a nadie, aunque sabía que a esa hora indecisa entre la medianoche y la madrugada el diner siempre atraía un puñado de noctámbulos, personajes efímeros, brumas de la noche, la mayoría de los cuales, llegados por azar, comían cualquier cosa, partían y no volvían jamás. ¿Para qué prestarles atención? Condescendía a que ocuparan un rincón de su antesala siempre y cuando moderaran el tono de voz y no la distrajeran de los obituarios del *Post*. Si algún cliente impropio se pasaba de la raya, lo mandaba a callar, Guzmán intervenía y enseguida todo volvía al sigilo habitual. Muy rara vez llegaba a ese extremo; con hacer notar la presencia de su prótesis, el cliente se amansaba y desde ese momento era un dechado de urbanidad. Consumía, pagaba, se iba y ella, de nuevo sola, ordenaba un descafeinado más, tal vez el último, con que acompañar la lectura de los clasificados.

Esta noche había sido diferente. Se había fijado en la pareja, había visto a Mitch y sin haber leído los clasificados había dejado el *Post* sobre la mesa del diner. Reparó en esto último, casi ahora, mientras buscaba el mazo de llaves en su bolso. Pero ya el cansancio había obrado en su humor: no maldijo a Hugh ni a nadie. Le dolían las caderas y su media pierna todavía se resentía del frío. Entró en el vestíbulo del edificio, tomó el elevador, abrió la puerta del 907. Poco a poco la noche, su noche, se haría minúscula. El dolor iría mermando.

Abrumada por el cansancio, sentiría la modorra en la cabeza. No encendería las luces. El parpadeo rojo del contestador indicaría que había un mensaje. Antes de escucharlo

sabría que era Hugh, pensaría en Mitch, confundiría adrede las voces de ambos. *Cuidate*, diría la voz fraternal al final del mensaje; *cuidate, cariño*, recordaría que dijo la voz áspera del otro.

Se quitaría el abrigo, se removería la prótesis y abrazada a esta se tendería en la cama. Kitkat, sobresaltado por los movimientos de Dolly, abandonaría el cuarto.

La oscuridad, libre del relámpago felino, se volvería oleosa cerrándose en torno a la cama. Allí, sin andador ni el soporte ortopédico que le mordía el muñón, Dolly podría nadar como ninguno de ellos sabría hacerlo: el buenazo de Hugh por timorato y Mitch por hosco. Recordaría entonces a Mitch, su cara de asombro. Le dolería un poco, pero entendería. ¿Quién que la hubiera visto décadas atrás, cuando barajaba hombres a su antojo, querría verla ahora? Sabía que Mitch haría lo posible para no encontrársela de nuevo. Ella, si fuera él, haría lo mismo. Solo Hugh —ay, con sus calcetines grises— volvería a buscarla, aunque solo fuera para ayudarla a hacer la compra. Mañana sería. Por el resto de la noche, ella, a ratos despierta, a ratos dormida, nadaría abrazada a la prótesis, tan dura la pobre, sin la dulce suavidad desperdiciada del ex, ni la destreza digital del guitarrista.

3

Nada más entrar, la mujer sintió como si el aire denso del local le atenazara el cuerpo y enseguida comenzó a sudar. Temblaba, todavía temblaba, pero lo que afuera, a la intemperie, había sido reacción al frío, adentro, chorreando sudor, se confundía con otro temblor. Puede que la calefacción estuviera un par de grados por encima de lo necesario, lo cual provocara la leve condensación en los lentes del hombre que, sin inmutarse, procedió a escoger una de las mesas junto a la ventana, tendió su chaqueta en el respaldo de la silla y sin esperar que ella hiciera lo propio se sentó. Me quito el abrigo o no, me siento o no —ah, cómo titubeaba la mujer entre fría y acalorada—. Y así, plantada junto a la mesa, echó una mirada panorámica al interior del diner buscando fuera de sí el objeto de su transpiración. Aparte de constatar la inofensiva presencia de una vieja, cuya morosidad amueblaba una mesa con tres sillas, nada inquietante, animado o inanimado, halló en el lugar. Al contrario, si algo recreaba el conjunto de las bandejas de bizcocho con tapas de cristal, el mostrador de formica y las fotos sepias adosadas a la pared del fondo era la cálida ambientación kitsch típica de cualquier diner. Incluso el repique del teleférico, tan irritante afuera, se filtraba tibio y amable dentro del local.

Ay no, pensó entonces. Otra vez no.

Cerró los ojos y por unos segundos se abandonó al embate de la frustración. Ah, cómo le mortificaba ese sudor extemporáneo, sin causa aparente, que exponía a los demás la obscena lubricidad de su piel. Como una telaraña las gotas de sudor se extenderían, primero por la espalda y el pecho, luego por el resto del cuerpo, envolviéndola como una mosca inerme y vulnerable a la depredación ajena. En breve la blusa quedaría empapada, adherida grotescamente al torso, y el maquillaje, goteando polvo y rímel, convertiría su rostro en una máscara viscosa o, peor aún, en una odiosa caricatura de mujer desvalida. Sin embargo, lo que más la irritaba en ese momento era que siguiera

temblando y que ese temblor no fuera de frío, ni de calor, ni siquiera de coraje por los estragos que el sudor pudiera dejar en su apariencia. Si por ella fuera se marcharía del diner al instante, a sabiendas de que al otro lado del cristal el frío volvería a agarrotarla y otra vez se extraviarían a saber por cuanto tiempo en aquella ciudad descomunal. Al menos afuera se entendería que temblaba por no llevar bufanda, en tanto que adentro la loca meteorología de su cuerpo era como el presagio de otra cosa, una conmoción más profunda que no, ay no, mejor se callaba, no fuera que conjurara el ánimo que de un tiempo a esta parte los sumía, a ella y el hombre sentado, en una fría estática de vidrio.

Por fin, sin quitarse el abrigo se sentó y encaró al hombre. Ah, qué alivio, suspiró la mujer al comprobar que este no se había dado cuenta de nada. Estaba tan ocupado en el bullicio dentro de su cabeza que su cuerpo, abstraído del entorno, era como la presencia vacante de un maniquí en un escaparate. Por la mirada perdida y el mentón apoyado en la mano derecha sabía que, mentalmente, el hombre aún no había llegado al diner y que mientras siguiera demorándose ella tendría tiempo suficiente para recobrar la compostura. Le dio con mirar hacia la mesa de la vieja y advirtió que esta, concentrada en la lectura de un periódico, tampoco reparaba en ella. Solo entonces, doblemente aliviada, su cuerpo se avino a las bondades de la invisibilidad: una tibialasitud invadió sus extremidades. Bostezó. Miró al hombre-maniquí: igual, ensimismado. Ella seguía sudando, pero menos y solo en el torso. El abrigo. Sí, el abrigo comenzaba a acalorarla. Titubeó entre quitárselo o no —imaginó la blusa reducida a un repugnante engrudo de tela y sal—, se lo dejó puesto. Había dejado de temblar.

El mesero les tomó la orden. De la mesa junto al mostrador, la vieja también ordenó: Guzmán, lo mismo. La mujer se fijó en ella. Su gordura repartida en dos sillas le era indiferente; el desgarbo de su cabello, también. Le cautivó, sin embargo, la pierna que la vieja tenía extendida en una tercera silla. Ni un parche de piel se asomaba bajo el envoltorio de tela. Parecía un embutido gigante.

Distraída con la pierna de la vieja, tardó unos segundos en darse cuenta de que el hombre había comenzado a hablar. Él hablaba y hablaba, y era evidente que no podía dejar de hacerlo, la compulsión era demasiado fuerte. Ella lo dejaba hacer sin escucharlo. Si él le preguntara qué pensaba de lo que estaba diciendo, ella no sabría qué contestar. Trató de prestar atención, pero no pudo. Oía el rumor de las palabras e imaginaba que estas se cancelaban entre sí, que eran abrigo o parapeto de otra cosa que el hombre no se atrevía a nombrar, pero que se asomaba en la gestualidad excesiva de las manos y en la manera de esquivar su mirada, la de ella. Ay no, pensó la mujer. Otra vez no. Y comenzó a sudar de nuevo. Del monólogo del hombre entresacó la palabra *fiasco*. Ella sabía que la palabra quería ser una piedra contra el cristal, un puño sobre la mesa, algo que violentara la atmósfera del diner. Sabía que la palabra encubría la ansiedad soterrada de ambos, el temor a que rebrotara la estática de vidrio, furibunda en él, trémula en ella, devastadora en ambos.

Él siguió hablando, ahora con mayor vehemencia, y ella, a punto de temblar de nuevo, volvió a dirigir su mirada a la vieja. Enseguida volvió sus ojos al hombre, le susurró

que bajara la voz y le hizo seña de que mirara. Sobre la mesa de la vieja, además de una taza y un periódico desplegado, había una prótesis. El hombre se calló. Medio minuto después, la vieja dejó la lectura del periódico, tomó la prótesis y procedió a colocársela en el muñón bajo la rodilla izquierda.

El mesero les sirvió las hamburguesas y las batidas. Ambos, sin apetito, comían callados. Así continuaron hasta que entró por la puerta un músico canoso. Esta vez fue el hombre quien se distrajo para observar. Del músico le llamó la atención la chaqueta negra, el rostro duro, la delicadeza con que sostenía su guitarra enfundada. Después de acostarla sobre el mostrador, se sentó en un taburete.

—¿Mitch? ¿Mitch Miner? —preguntó con un dejo de incredulidad la vieja.

El músico se volteó para mirarla. Frunció un poco el ceño.

—Soy yo —dijo ella—. Dolly...

—¿Dolly? —contestó, perplejo, levantando las cejas.

—Ah, qué bueno verte, Mitch —Y enseguida dijo al mesero—: Lo mismo para mí. Y al caballero, lo que él quiera.

El músico solo quiso un café.

—Ah, qué gusto verte, en verdad. Todavía con la guitarra...

—Como siempre... No puedo vivir sin ella.

—Lo sé, lo sé. Unidos hasta que la muerte los separe. Lo mismo yo con este —dijo mostrándole su andador. Rio. El músico, incómodo, forzó una sonrisa.

El mesero les sirvió sendas tazas de café.

—¿Y dónde estás tocando ahora?

—Yo... de vez en cuando toco en *Moonstruck*...

—Qué bien, Mitch. Tremendo

El músico apuraba su café. La vieja lo observaba. Al cabo de un rato:

—Te ves muy bien, Mitch. Tanto, tanto tiempo...

—Hace siglos, ¿no? Y tú, cómo has estado.

—Ni bien ni mal. Matando el tiempo, esperando a la parca. Le gusta darse puesto.

—Vamos, mujer, me vas a hacer llorar —contestó él y, medio en broma, añadió—: No sería la primera vez...

—¿Tan mala fui contigo?

—Estoy bromeando —dijo el músico, sonriendo. Luego mirando el reloj añadió—: Se me hace tarde, Dolly. Gracias por el café.

Se levantó del taburete y se colocó la guitarra en bandolera. Luego añadió:

—Cuídate, cariño, ¿sí?

Apenas el músico salió del diner, la vieja se ajustó la tela de una de las piernas. Llamó al mesero y pagó la cuenta. Este se dispuso a asistirle.

—No te preocupes, Guzmán. Puedo sola.

Con un poco de dificultad, apoyándose en el andador, logró ponerse en pie.

La mujer primero, el hombre después, ambos la vieron hacer. La vieja los miró y se acercó a la mesa. Con una sonrisa bufa les dijo lo que ellos no podían decirse y prosiguió su camino riéndose sola.

Tan pronto la vieja salió, ambos se miraron. Él quería decir algo, pero no sabía qué; ella

sabía, pero no quería decir nada. Se quedaron un rato en silencio hasta que el hombre pidió la cuenta.

Al otro lado del cristal se recrudecía el frío, un frío tan metálico e invasivo como el ruido del teleférico, que, en breve, afuera, volvería a crispales los oídos.

—Vámonos —dijo la mujer.

El hombre reparó que la mujer tenía el abrigo puesto, que nunca se lo había quitado. Le ofreció su bufanda, pero ella lo rechazó.

—Hace frío —dijo él—. Déjame al menos llamar un taxi.

—No, quiero caminar. Temblar me hará bien.

—Francisco Font Acevedo